

Regístrelos V.; tal vez encuentre cosas no del todo malejas. Si algún día saca V. de ellos alguna buena idea, mejor para todo el mundo.

Y tomando pie del legado, dictó su testamento científico. Tenía clara conciencia de no haber sido más que un trabajador solitario, un precursor que esboza teorías, tantea en la práctica y fracasa por efecto de su método bárbaro. Recordó su entusiasmo cuando había creído descubrir la panacea universal con sus inyecciones de sustancia nerviosa; luego sus desastres, sus desesperaciones, la muerte impensada de Lafouasse, la tisis llevándose á pesar de los pesares á Valentín, la locura apoderándose victoriosa otra vez de Sarteur y estrangulándole. Por eso se iba de este mundo lleno de dudas, sin tener ya la fe necesaria al médico que ha de curar; tan enamorado de la vida, que había concluido por poner en ella su única creencia, seguro de que sólo de ella sacaría su salud y su fuerza. Pero no quería cerrar el porvenir, y, por el contrario, conceptuábase dichoso al legar á la juventud su hipótesis. Cada veinte años cambian las teorías y sólo quedan incommovibles las verdades adquiridas, sobre las cuales prosigue la ciencia

construyendo. Aunque no tuviese más mérito que aportar la hipótesis de un momento, no sería perdido su trabajo; porque el progreso consiste de seguro en el esfuerzo, en la inteligencia siempre en marcha. Después, ¿quién sabe? por más que muriese turbado y rendido, sin realizar su esperanza con las inyecciones, vendrían otros obreros jóvenes, ardientes, convencidos, que recogerían la idea, la aclararían, la ensancharían. Y quizá arrancase de ahí todo un siglo, un mundo nuevo.

¡Ah! mi querido Ramond—continuó.—¡Si se volviese á vivir otra vida!... Sí, volvería á empezar, proseguiría en mi idea, pues últimamente me llamó mucho la atención el extraño resultado de que las inyecciones de agua pura eran también eficaces... Así, pues, no importa el líquido inyectado: no hay en esto sino una sencilla acción mecánica... Todo este último mes he escrito mucho acerca del caso. Encontraré V. notas, observaciones curiosas... En resumen, hubiese llegado á creer únicamente en el trabajo, á cobrar la salud en el fuego equilibrado de todos los órganos: una especie de terapéutica dinámica, si me puedo atrever á emplear esta palabra.

Apasionábase poco á poco, y llegaba á olvidarse de lo próximo de la muerte, para no pensar en su ardiente curiosidad por la vida. Y á grandes rasgos bosquejaba su última teoría. El hombre está rodeado por un medio, la naturaleza, que con sus contactos irrita perpetuamente las terminaciones sensitivas de los nervios. De ahí el que entren en acción no sólo los sentidos, sino la superficie total, exterior é interior del cuerpo. Estas sensaciones son las que, al repercutir en el cerebro, en la medula, en los centros nerviosos, se transforman allí en tenacidad, en movimientos y en ideas. Y tenía la convicción de que el estar sano consiste en la marcha normal de este trabajo: recibir las sensaciones, convertidas en ideas y movimientos, y alimentar así la máquina humana por medio del juego regular de los órganos. De este modo, el trabajo llega á ser la gran ley, el regulador del universo viviente. En tal caso, si se rompe el equilibrio, si dejan de bastar las excitaciones exteriores, es necesario que la terapéutica crée otras artificiales, de manera que se restablezca la tenacidad, en la cual consiste el estado de perfecta salud. Y pensaba en una nueva medicación: la sugestión, la omnipotente auto-

ridad del médico, para los sentidos; la electricidad, las friegas, el amasamiento, para la piel y los músculos; las dietas alimenticias, para el estómago; los baños de aire en las altas mesetas, para los pulmones; por último, la transfusión, las inyecciones hipodérmicas de agua destilada, para el aparato circulatorio. La acción innegable y puramente mecánica de estas últimas es lo que le había puesto sobre la pista, y ahora no hacía sino extender la hipótesis, por una necesidad de espíritu generalizador. Veía de nuevo salvado el mundo con este equilibrio perfecto, tanto trabajo producido como sensación recibida: el ritmo del mundo, restablecido en su labor eterna.

Después, echóse francamente á reír.

— ¡Bueno! ¡Ya me disparé otra vez!.. ¡Yo que creo que en el fondo lo único sensato es no intervenir, dejar que obre la naturaleza! ¡Ah, viejo loco é incorregible!

Pero Ramond le había agarrado ambas manos, en un arranque de ternura y de admiración.

— ¡Maestro, maestro, la pasión, la locura como la de V. es madre del genio!... No tema V.; le he escuchado y trataré de ser digno de su herencia. Y creo, como V., que tal

vez en esa teoría se encierra el glorioso porvenir.

En la alcoba melancólica y tranquila se puso á hablar Pascual con la valiente serenidad de un filósofo moribundo que explica su última lección. Ahora, insistía en sus observaciones personales y explicaba que á menudo se había sanado á sí propio con el trabajo, un trabajo ordenado y metódico, sin llegar á la fatiga. Dieron las once, se empeñó en que Ramond almorzase, y siguió la conversación desde muy lejos y en voz muy alta, mientras Martina servía. El sol había concluido por atravesar las grises nubes de la mañana, un sol medio velado aún y muy suave, cuyo dorado resplandor templaba la espaciosa estancia. Después, como acabase de beber unos cuantos tragos de leche, se calló.

En este momento, el joven médico estaba comiendo una pera.

—¿Vuelve V. á notar dolor?

—No, no, concluya V.

Pero no pudo mentir. Era una crisis, y terrible. Vino la sofocación como un rayo y le hizo caer hacia atrás encima de la almohada, con la cara azul ya. Había cogido á puñados la sábana con las dos manos, y se agarraba

á ella como para encontrar punto de apoyo y levantar la mole horrible que le aplastaba el pecho. Aterrado, inmóvil, tenía los ojos muy abiertos y fijos en el reloj de pared, con espantosa mirada de desesperación y de dolor. Y durante diez minutos largos, estuvo á punto de morir.

En seguida le inyectó Ramond. El alivio se produjo con lentitud, disminuía la eficacia.

En cuanto volvió á la vida, gruesas lágrimas brotaron de los ojos de Pascual. No hablaba aún; lloraba. Luego, mirando siempre el reloj con turbia ojeada, dijo:

—Amigo mío, me moriré á las cuatro; ya no la veré.

Y como Ramond, por distraerle de sus pensamientos, afirmase que no estaba tan próxima la terminación, contra la evidencia, apoderóse de él otra vez el entusiasmo científico y quiso darle las últimas lecciones, fundadas en los hechos observados directamente. Había tenido á su cargo varios casos como el presente, y, sobre todo, recordaba haber diseccionado en el hospital el corazón de un pobre viejo atacado de esclerosis.

—Veo mi corazón... Está color de hoja seca, sus fibras son quebradizas, parecé

adelgazado, aunque un poco aumentado de volumen. El proceso inflamatorio ha tenido que endurecerlo; se cortaría con dificultad...

Prosiguió en voz más baja. Acababa de sentir flojear su corazón, cuyas contracciones se volvían débiles y lentas. En vez de la columna de sangre normal, ya no salía por la aorta más que una baba roja. Detrás, estaban las venas, inyectadas de sangre negra; aumentaba la disnea, á medida que iba retardándose la bomba aspirante é impelente, reguladora de toda la máquina. Y después de la inyección, á pesar del sufrimiento, había sobrevenido el progresivo despertar del órgano, el latigazo que volvía á ponerlo en marcha, barriendo la sangre negra de las venas, é insuflando de nuevo la fuerza con la roja sangre de las arterias. Pero en cuanto cesara el efecto mecánico de la inyección, se repetiría el acceso. Podía predecirlo, con pocos minutos de diferencia. Gracias á las inyecciones, aún resistiría dos accesos. El tercero acabaría con él; moriría á las cuatro.

Luego, con voz cada vez más débil, manifestó el postrer entusiasmo, acerca del brío del corazón, tenaz obrero de la vida, siempre laborioso en todos los segundos de

la existencia, hasta durante el sueño, cuando descansan perezosos los demás órganos.

—¡Ah, valiente corazón, cuán heroicamente luchas!... ¡Qué fe, qué generosidad la de este músculo, nunca rendido!... ¡Has amado en extremo, has latido en demasía, y por eso te rompes, corazón animoso, que no quieres morir y te alzas para seguir latiendo!

Presentóse el primer ataque anunciado. Pascual salió de él, nada más que para quedar jadeante, con ojos huraños, sibilante y penosa la palabra. A pesar de su valor, se le escapaban sordas quejas: ¡Dios mío! ¿No acabará este suplicio? Y, sin embargo, no tenía más que un ardiente deseo, el de prolongar su agonía y vivir hasta abrazar por última vez á Clotilde. ¡Si se equivocase, como Ramond se obstinaba en repetir! ¡Si pudiese vivir hasta las cinco! Sus ojos estaban vueltos hacia el reloj, sin abandonar ya las manecillas, dando á los minutos la importancia de una eternidad. En otra época solían bromear con este reloj, de estilo del Imperio, un poste de bronce dorado, en el cual se apoyaba el Amor, contemplando sonriente al Tiempo dormido. Señalaba las tres. Luego, señaló las tres y media. ¡Nada más

que dos horas de vida, otras dos horas de vida, Dios mío! El sol descendía hacia el horizonte; del pálido cielo de invierno desprendíase una gran quietud; y Pascual escuchaba á ratos las lejanas locomotoras que silbaban á través de la llanura rasa. Ese tren era el que iba á las Tulettes. ¡El otro, el que venía de Marsella, no llegaría jamás!

A las cuatro menos veinte, Pascual hizo señas á Ramond para que se acercase. Ya no hablaba lo bastante fuerte para dejarse oír.

—Para que pudiese yo vivir hasta las seis, sería preciso que el pulso fuese menos bajo. Aún lo esperaba, pero el segundo movimiento casi no se produce ya...

Y, entre un murmullo, nombró á Clotilde. Era un adiós tartamudeado y desgarrador, el horrible pesar que sentía de no volver á verla.

En seguida reapareció el afán por sus manuscritos; una fiebre de inquietud encendió un instante sus ojos.

—No me abandone V.... La llave está debajo de mi almohada. Diga V. á Clotilde que la coja; ya sabe lo que tiene que hacer.

A las cuatro menos diez la inyección no produjo ningún efecto. E iban á dar las cua-

tro, cuando se declaró el segundo ataque. Bruscamente, después de haber estado ahogándose, se tiró de la cama y quiso levantarse y andar, en un despertar de sus fuerzas. Impeliáale adelante, á ir lejos, una necesidad de espacio, de luz, de aire libre. Luego, fué un llamamiento irresistible de la vida, de toda su vida, á la cual oía venir hacia él, desde el fondo de la sala inmediata. Y acudió allí, tambaleándose, sofocándose, encorvado á la izquierda, agarrándose á los muebles.

El doctor Ramond se había precipitado con presteza á contenerle.

—¡Maestro, maestro, vuelva V. á acostarse, se lo suplico!

Pero Pascual se empeñaba sordamente en concluir de pie. Persistía en él, y le arrebatava como una tromba la pasión de vivir aún y la idea heroica del trabajo. Tenía estertores, balbuceaba:

—No, no... allá lejos, allá lejos...

Fué preciso que su amigo le sostuviese, y así marchó dando traspiés y huraño hasta el fondo de la sala, donde se dejó caer en una silla delante de la mesa, en que había una página comenzada, entre el desorden de los papeles y de los libros.

Respiró allí un momento; sus párpados se cerraron. Bien pronto los volvió á abrir, al paso que sus manos buscaban, palpando, el trabajo. Encontraron el árbol genealógico, en medio de otras notas desparramadas. Todavía la antevíspera estuvo rectificando fechas en él. Y lo reconoció, lo atrajo hacia sí, lo desdobló.

—¡Maestro, maestro, se mata V. !—repetía Ramond estremeciéndose, conmovido de lástima y de admiración.

Pascual no escuchaba, no atendía. Sintió rodar un lápiz bajo sus dedos. Lo cogió é inclinóse, como si sus ojos medio apagados no viesen ya; y, por última vez, pasó revista á los miembros de la familia. Detúvose delante del nombre de Máximo, con la certeza de que su sobrino no saldría del año, y escribió: "Muere atáxico, en 1873.," En seguida le llamó la atención, al lado, el nombre de Clotilde; y completó también la nota, poniendo: "De su tío Pascual, tiene un hijo en 1874.," Pero buscaba, desfalleciendo, extraviándose, su propio nombre. Cuando por fin se hubo encontrado á sí mismo, adquirió firmeza su mano, y con letra altiva y valiente se escribió el epitafio. "Muere de una lesión al corazón el 7 de Noviembre de 1873.," Aquel fué

el esfuerzo supremo; iba en aumento el estertor, se ahogaba, cuando encima del nombre de Clotilde vió la hoja en blanco. Sus dedos ya no podían sostener el lápiz. Sin embargo, con letra desfallecida, por donde pasaba la ternura dolorosa, el enloquecido desorden de su pobre corazón, añadió: "El hijo en gestación, que nacerá en 1874, ¿cómo será?," Le dió un síncope; á duras penas pudieron llevarle á la cama Martina y Ramond.

La tercera crisis ocurrió á las cuatro y cuarto. En este postrer acceso de sofocación, el rostro de Pascual expresó terrible sufrimiento. Tenía que soportar hasta el fin su martirio de hombre y de sabio. Sus turbios ojos parecieron buscar aún el reloj para saber la hora. Y viéndole Ramond mover los labios, se inclinó y prestó oído. En efecto, murmuraba palabras tan leves que eran un soplo.

—Las cuatro... El corazón se detiene, ya no manda sangre roja á la aorta. La válvula se reblandece y se desgarrá...

Un estertor horrible le sacudió; el tenue soplo venía de lejos.

—Esto va demasiado aprisa... No me abandonéis, la llave está debajo de la almohada... ¡Clotilde, Clotilde!...

Martina había caído de rodillas al pie de la cama ahogándola los sollozos. No había esperanza, el señor se moría. No se atrevió á ir en busca de un sacerdote, á pesar de sus grandes deseos; y recitó ella misma las oraciones de los agonizantes, rezando con fervor al Dios misericordioso para que perdonase al amo y le llevase en derecha al paraíso.

Así murió Pascual. Tenía la cara enteramente azul; y después de algunos segundos de inmovilidad completa, quiso respirar, sacó los labios abrió su pobre boca, como abre el pico un pajarillo que absorbe afanoso la última bocanada de aire. Y sin otro incidente, sin más esfuerzo, llegó la muerte y le acogió en sus brazos.

XIII

Hasta después del almuerzo, á la una de la tarde, no recibió Clotilde el telegrama de Pascual. Precisamente aquel día había regañado con su hermano Máximo, que hacía pesar sobre ella, con dureza creciente, sus caprichos y sus malhumores de enfermo. En suma: Clotilde no había logrado éxito en su papel; Máximo la encontraba demasiado sencilla, demasiado grave para poder divertirlo; y acabó por encerrarse con la chiquita Rosa, aquella rubita de aire cándido, que le divertía mucho. Desde que la enfermedad le tenía inmóvil y débil, iba perdiendo su egoísta prudencia de libertino, su gran desconfianza hacia la mujer devoradora de hombres. Por eso, cuando su hermana intentó decirle que Pascual la llamaba y que deseaba irse, la costó Dios y ayuda lograr que le abriesen la puerta del cuarto, porque Rosa se ocupaba en aquel momento en dar fric-